

Sobre la enseñanza de la arquitectura

Manuel Gallego

Cuando en 2007 me pidieron de la revista *Arquitectos*, del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, un artículo sobre la enseñanza de la arquitectura, pensé que debería evitar vaguedades e intentar ser preciso al hablar sobre algo tan complejo y que me interesa tanto. Al volver a leerlo, creo que ese intento le da un cierto aire de declaración de principios. El texto fue publicado en 2007 en el primer número de la revista. Lo envío ahora a P+C porque es sincero y a pesar del tiempo pasado y los cambios que ha habido, está escrito antes de la crisis y sigo manteniendo las mismas ideas. [M. G.]

Los cambios sociales, económicos y culturales producen nuevas visiones de la arquitectura, nuevas actitudes ante ella. Las nuevas demandas van a provocar formas diferentes de la práctica profesional y a su vez reajustes en la enseñanza para intentar aproximar la profesión a la nueva realidad social. Así nacen los nuevos planes de estudios que intentan corregir errores del pasado y adecuarse a las demandas del presente. Esto, que dentro de la generalidad es una obviedad, con frecuencia lo olvidamos y hablamos de crisis al referirnos al momento de nuestro análisis. Como si fuese único, cuando se trata de ajustes constantes, cabría decir crisis permanentes.

Basta recordar el movimiento renovador de la Bauhaus de los años 20 del siglo pasado, o en los años 50 el pensamiento del TEAM X, en plena reconstrucción europea, después de una guerra y en una sociedad llena de cambios donde al tiempo que se cuestiona la validez de los viejos principios, se reconsideran nuevas técnicas y se replantea el papel del arquitecto en la sociedad. Se volvía querer acercarse al presente.

Cuando en los años 70 en España se reflexiona sobre la práctica profesional y sobre la enseñanza de la arquitectura, con la masificación universitaria ya evidente y con los primeros síntomas del mundo del consumo anunciándose, aparece otra vez la crisis de adecuar la enseñanza a lo que nos parece que necesita la sociedad y siempre y en cada momento con una arquitectura con unos determinados valores en alza. Esto ocurría en la España ideologizada pre-democrática y ocurre hoy en pleno consumismo. Voces autorizadas lo han denunciado siempre y a veces ocurre que con su lucidez traspasan las circunstancias, acercándose a visiones más profundas de la arquitectura. Con este planteamiento, entiendo que para hablar de la enseñanza debemos reflexionar también sobre la arquitectura, lo que supone hacerlo tanto conceptualmente como desde su práctica.

La Arquitectura

La pérdida de la ideología en la sociedad que abarca tanto a la profesión como a la enseñanza y al alumnado, ha provocado una ausencia de crítica y una aceptación del orden en que estamos inmersos, acompañado muchas veces de una entusiasta adscripción a todos los síntomas que de él se derivan y que afecta al proceso de construcción del espacio en que vivimos. Así, con frecuencia se trasladan estos síntomas a la arquitectura, aceptándose como sinónimos de actualidad y de postmodernidad, y se incorporan a las arquitecturas como simples y banales traslaciones literales: complejidad, dinamismo, rupturas, desorden, caos, collage, flujos, pieles, texturas, tramas, pixelados, etc. Todo un repertorio

Nota del editor

La estructura de la revista P+C necesita aportaciones gráficas como acompañamiento a los textos que publica. La ausencia de imágenes del texto original ha dado lugar a que haya sido preciso elegir ilustraciones concordantes con éste en contenido y número.

de imágenes, de envolventes y de ideas que destruyen y subvierten paradigmas, rompen con los tradicionales soportes y valores de la arquitectura, deslizándola a veces hacia posiciones nuevas próximas a las instalaciones artísticas; creando con su insistencia un manierismo del lenguaje acorde con un conservadurismo complaciente con lo que acontece. La atención a los elementos definidores de la apariencia sobre otros significados incrementa el carácter objetual, quizás un tanto narcisista y autista, de estas obras de arquitectura.

Otras veces, acompañando esta situación se produce una renovación de la expresión de la arquitectura y aparece una nueva libertad formal rompiendo todos los tabúes heredados. Pero la propia producción de una arquitectura tantas veces indiferente al contexto social y vital en el que se inserta, y la ausencia de atención al hombre que la usa, nos hace pensar que éste, el hombre, deja de enunciarse como sujeto, anónimo pero protagonista, y pasa este papel primordial al cliente.

Lo más definidor de la situación es la pérdida de valores argumentales de esa arquitectura en donde todo es válido si su imagen resultante es atractiva, y mejor si es espectacular dentro del lenguaje de valores plásticos mediáticos.

Pero, como ya enunciaba, ese estado de cosas coexiste con otra arquitectura crítica y beligerante con lo que le rodea, comprometida con los usuarios, con el espacio donde se implanta, y con su realidad construida, que reflexiona sobre el nuevo papel del creador en nuestra sociedad y se interroga sobre las posibles dimensiones disciplinares intentando acercarse críticamente a la nueva sociedad y donde la libertad formal conquistada también se utiliza para liberarse de las modas y dependencias del consumo cultural.

Los extraordinarios medios de que disponemos hoy, demasiado condicionados por un exacerbado consumismo cultural, nos permiten vislumbrar e imaginar su potencial creativo abriéndonos puertas a un sorprendente mundo lleno de sugerencias atractivas y turbadoras.

Con todo ello se ha conseguido un panorama complejo y diverso donde comparten el éxito crítico arquitecturas con postulados a veces contradictorios. Un panorama en que la libertad parece conquistada a costa de la pasión y de la firmeza de las convicciones.

La práctica profesional

La producción de la llamada 'arquitectura culta' aparece más ligada a los medios de difusión cultural y cuenta con una aceptación social nueva. Con el crecimiento inmobiliario y las nuevas técnicas de mercado, la arquitectura del consumo adquiere en nuestro país una nueva dimensión, planteada tomando como excusa las demandas sociales y al margen de ella.

La actividad profesional, tanto en el proyecto como en la gestión y la construcción, se ha hecho más compleja, exigiendo la participación de varios profesionales, muchos de ellos arquitectos, con lo que su actividad se diversifica de acuerdo al papel que desarrolle en el proceso. Las nuevas tecnologías y la proliferación de normativas demandan profesionales especializados. La informatización de los estudios de arquitectura cambia su organización. Las nuevas relaciones con el cliente, con las





[1, 2 Y 3] ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE MADRID, AULA DE DIBUJO, 1940. [ARCHIVO ETSAM-UPM] [P+C]

empresas constructoras y con otros profesionales colaboradores han dado una forma y orientación nueva al trabajo profesional.

Nunca tantos profesionales han participado en el proyecto y en su ejecución. Nunca ha sido tan necesario el equipo en el desarrollo de un trabajo y paradójicamente nunca ha sido tan anulado bajo la presencia de un autor que actúa como marca o franquicia del producto.

Por otra parte, la proliferación de arquitectos salidos de un número cada vez más importante de Escuelas de Arquitectura provoca en sus zonas de implantación una saturación de la demanda de trabajo lo que hace que muchos profesionales se orienten a otras actividades relacionadas con la arquitectura, como el dibujo o la imagen, el mundo editorial, la fotografía, la gestión, etc. ampliando así aún más su campo de trabajo.

La actividad profesional ha perdido su antigua unidad. A la libertad de arquitecturas o construcciones producidas, se une una complejidad y diversidad de la actividad profesional. El mundo del mercado y el de la imagen hacen que parezca que la profesión también pretenda diluir sus límites y tienda hacia un mestizaje con otros medios de expresión artísticos transformándose en algo nuevo.

La enseñanza

Dentro de este panorama tan complejo, la enseñanza de la arquitectura se va acomodando a las nuevas necesidades. De forma consciente y reglada a través de las modificaciones de los planes de enseñanza o de

reajustes parciales, con asignaturas que quieren aproximarse a lo que se demanda y también, de una manera menos reglada y más espontánea, a través del ejemplo constante de la nueva arquitectura divulgada a través de publicaciones y de los cambios que en los contenidos didácticos los profesores van introduciendo en sus materias, reflejo de su propia evolución. De algún modo el debate sobre la arquitectura y la práctica profesional con su ambigüedad, confusión y complejidad se traslada a las escuelas de arquitectura.

A la proliferación de centros públicos, Escuelas Técnicas Superiores de Arquitectura, se ha incorporado un número cada vez más elevado de centros privados con organización docente propia y diversa. La oferta docente se ha ampliado y no sólo por esta variedad de las opciones: pública y privada, sino por el número de posibilidades que cada una ofrece a través de cursos, cursillos, máster, talleres, etc. que se imparten.

Parece que el alumno se ve obligado a continuar siéndolo después de finalizar sus estudios y esto más por una exigencia social, la de ampliar su currículo para poder competir, que por la conciencia de la necesidad de ampliar conocimientos específicos.

Relacionada con esta apertura y diversificación de opciones está la movilidad del alumno a través de los programas de intercambio europeos, así como la movilidad del profesorado, que, aunque tropieza con la falta de flexibilidad de las universidades públicas, cada vez tiende más a corregir esta situación. La evolución profunda y lógica sufrida por la enseñanza con todos los medios informáticos ha cambiado no sólo los instrumentos de producción de imágenes sino los medios de información y comunicación. Nunca se ha tenido tanta facilidad para comunicarse e informarse y es evidente que no siempre se utilizan estos medios en todas sus posibilidades. Son los centros de enseñanza uno de los lugares idóneos para su exploración, cosa que no sucede siempre.

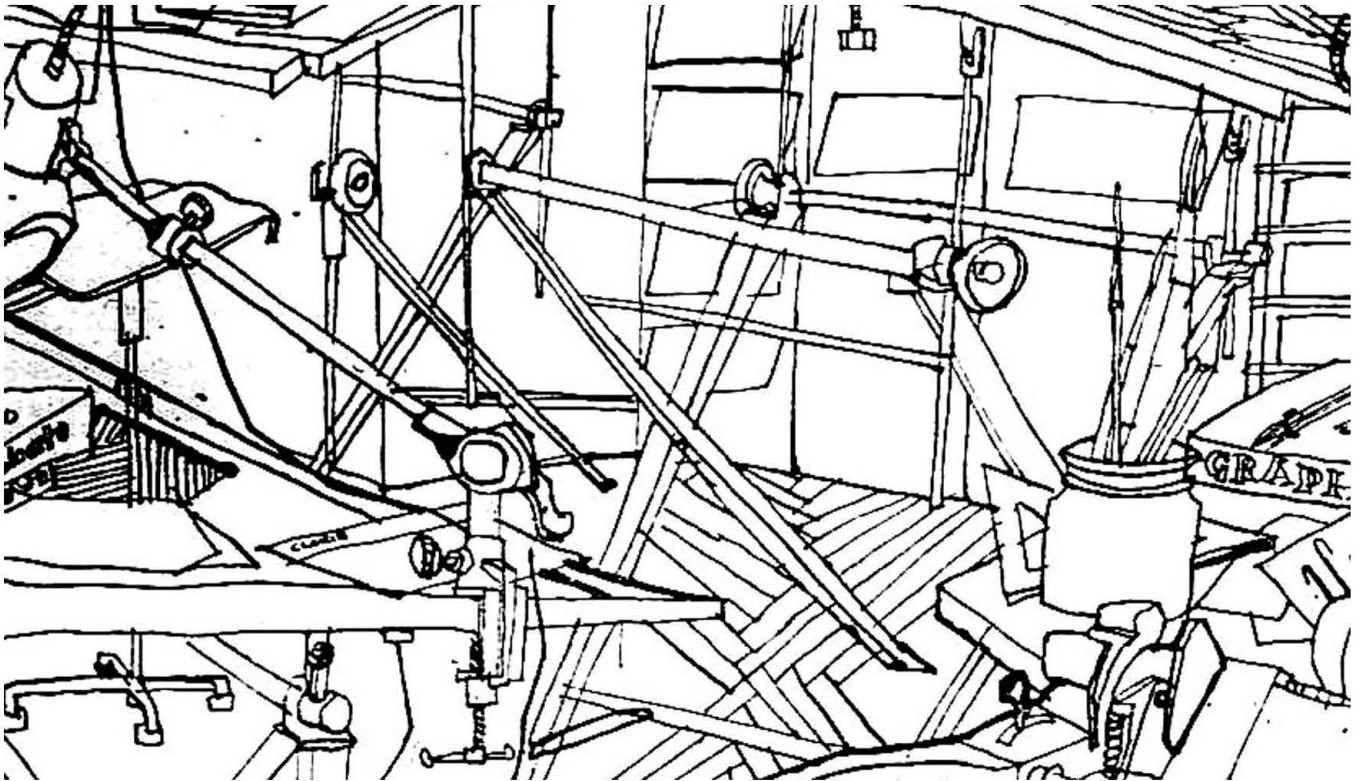
Ocurre que una utilización simple e inadecuada de ellos conduce a una confusa y ambigua información, producto de una incorporación indiscriminada de datos, consecuencia de la facilidad del acceso a ellos y así, como ocurre con tanta frecuencia, de ser un instrumento de conocimiento deviene en un instrumento de apropiación superficial, de copia. Esta atención a lo periférico de los temas, a la incorporación de datos añadidos, a lo envolvente y a la imagen, síntoma recurrente en la cultura de hoy, llena con frecuencia de banalidad la enseñanza, que se vacía de contenidos y significados si no se confronta con un riguroso análisis crítico.

Hay que añadir a lo ya dicho que algunos de los problemas que padecemos hoy en la enseñanza de la arquitectura vienen de atrás. Basta recordar el insuficiente número de profesores en relación con el número de alumnos para una correcta atención pormenorizada, o bien la insuficiente preparación del profesorado y su falta de reciclaje y evaluación permanente, o la deficiente preparación con la que accede el alumnado de las Escuelas de Arquitectura, o la tan repetidamente denunciada falta de flexibilidad de la Universidad pública en su organización académica y administrativa, temas que con pequeñas variantes son defectos casi endémicos de la enseñanza pública española de los últimos años.

Pero en los problemas de la enseñanza actual por encima de otros temas hay que referirse a aquellos que afectan de forma nueva al

[4 Y 5] ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE MADRID, AULA DE TEÓRICAS Y SALÓN DE GRADOS, 1940. [ARCHIVO ETSAM-UPM] [P+C]





[6] ESTUDIO DE ARQUITECTURA, DIBUJO DE JOSÉ-MARÍA CRUZ NOVILLO, 1960. [P+C]

cuerpo disciplinar de la arquitectura y que giran en torno al orden social y económico en que vivimos inmersos, así como de la cultura global de la llamada 'era de la información'. A la variedad, complejidad y ambigüedad de las arquitecturas y roles del arquitecto sucede un profundo vacío conceptual disciplinar. Un complejo panorama de ideas y propuestas dispares y a veces contradictorias se reparten entre los centros de enseñanza.

Desde planteamientos donde el espacio pierde su corporeidad física, siendo imaginable ya sin materia, y donde la luz y los acontecimientos que en él pueden suceder son virtuales, donde el tiempo pierde conciencia real —tiempo atemporal— o donde el espacio de intercambio y de comunicación no es físico y su dimensión no es espacial. Reflexiones todas surgidas de síntomas reales ya entre nosotros, hasta aceptar la absoluta validez de cualquier argumento como soporte de la arquitectura, cuyo carácter tectónico y su valor de uso pierde todo el interés en comparación con la importancia de su imagen y cuya preocupación conduce a una profunda y casi obsesiva investigación formal. Preocupación por la imagen que pasa a ocupar un primer lugar, muchas veces excluyente en la arquitectura, y como consecuencia en la práctica profesional y en la enseñanza.

A la par de todo esto se acepta con cierta normalidad que la tecnología no sea promovida por una necesidad para resolver lo irresoluble hasta el momento y para conseguir mayor libertad y bienestar, y sí, sin embargo, que surja sólo y simplemente como un elemento promotor de una ampliación de mercados, y donde se olvida que la necesidad, en su sentido más general, es el acicate que provoca la energía necesaria

para que los hombres sean capaces de transformar el orden de la materia, es decir: construir.

Es decir, una arquitectura conservadora complaciente con el sistema que conduce a la eliminación de la crítica en la enseñanza.

Al mismo tiempo, coexiste con una visión ecológica preocupada por el medio, que reflexiona e investiga sobre todo el significado de una arquitectura sostenible, apareciendo como el germen de la actitud crítica más importante de la situación actual.

Ya con muy poca presencia en los circuitos culturales más populares a pesar de la globalización de la información, está la arquitectura producida en el tercer mundo y aquella marginal a la cultura oficial, arquitectura donde la palabra necesidad no es precisamente un eufemismo. Siendo además esta arquitectura de profunda actualidad ya que representa la otra cara de la moneda del sistema en que estamos.

Después de la enumeración de algunos aspectos que configuran la situación actual de la enseñanza, cabría plantearse lo deseable: una enseñanza en la que el eje fuese la creatividad, en todos sus aspectos y en todas sus asignaturas. Así mismo, que fuese más abierta y libre, donde tengan acogida las aportaciones tanto de alumnos como de profesores en un continuo proceso de creación: aprendizaje-enseñanza, y donde la diferencia entre profesor-alumno se cimentase sobre su *autoridad intelectual* y ética. La autoridad necesaria para el desarrollo de la disciplina académica.

Escuelas que enseñasen realmente a sus alumnos una disciplina profesional, que les permita ser útiles socialmente, al mismo tiempo que les abre la mirada hacia el significado de un mundo poético. Escuelas de Arquitectura como centros de racionalidad crítica y sensibilidad.

Pensamientos todos ellos llenos de utopía y voluntarismo que aunque representan principios deseables, se diluyen en su propia generalidad. Pero que adquieren su verdadero significado a través de la acción concreta de la enseñanza y en sus vértices y actores directores de esta acción: el profesorado.

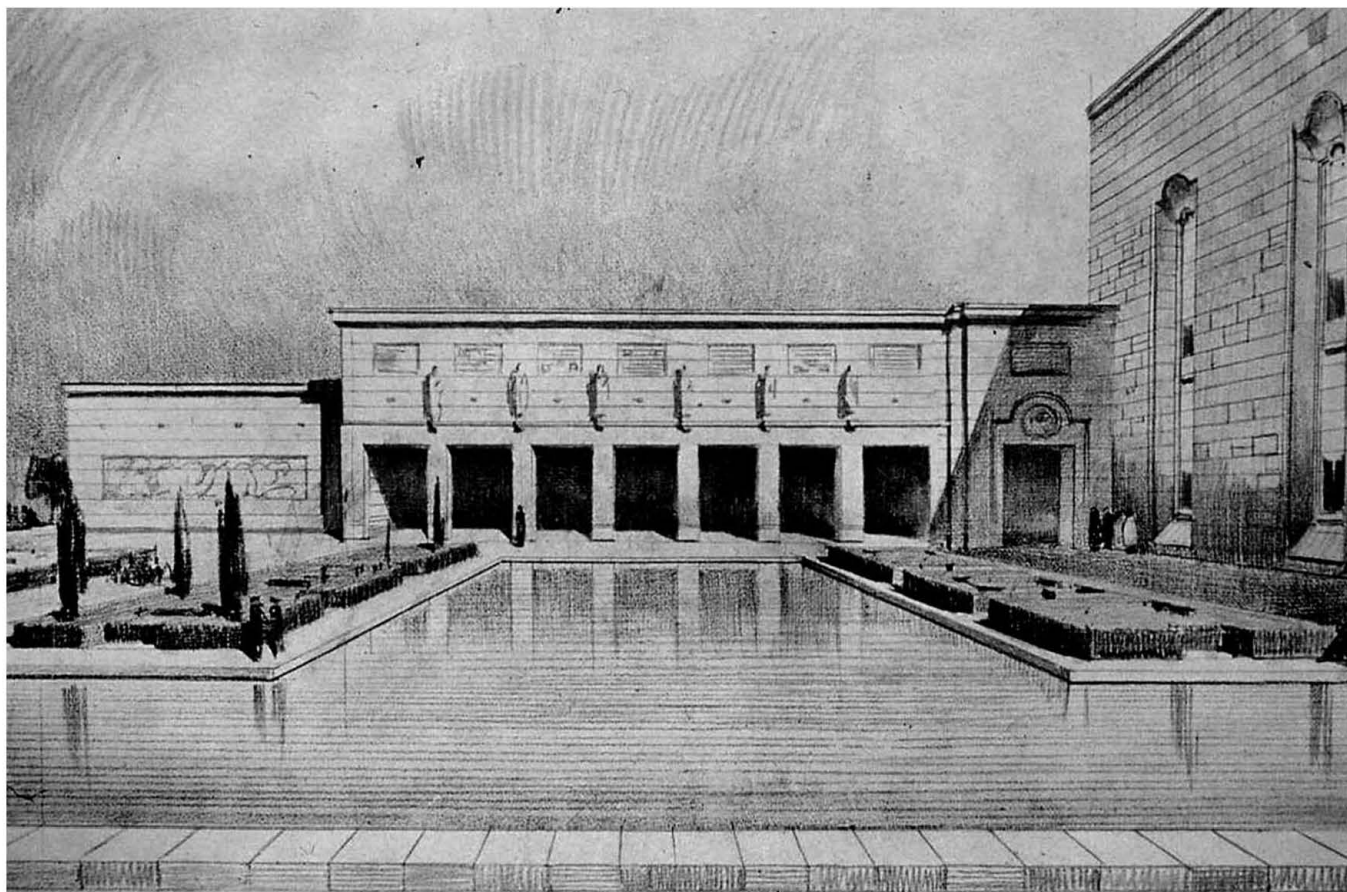
Como persona dedicada a la arquitectura e implicada en la enseñanza voy a hacer unas anotaciones personales sobre cómo entiendo la acción de enseñar como un acercamiento al acto comunicativo que subyace a todo sistema de transmisión de conocimientos. Hay muchas maneras de hacerlo, que empiezan por despertar el interés indispensable en todo aprendizaje, ya sea con la provocación o con la complicidad que conduzca a un sensible descubrimiento de la emoción, formas distintas que se acompañan de actitudes diversas de los profesores.

No voy a hablar de estrategias y sí de actitudes. En realidad voy a reflexionar brevemente sobre por qué enseño, subyaciendo la idea que vengo sosteniendo de que la enseñanza depende de la idea que se tenga de la arquitectura.

A mí me interesa aprender. La enseñanza supone un aprendizaje porque hay que explicar algo y ello precisa antes tenerlo claro. Por tanto, es como un entrenamiento que exige un esfuerzo. Esta afirmación es muy evidente, pero depende en gran medida de lo que se enseña. Así, puedo explicar un problema y dar un método para su solución, puedo

[7] TALLER DE PROYECTOS, HACIA 1950. [P+C]





[8] DIBUJO DEL PROFESOR MUGURUZA OTAÑO, 1874-1945.
[P+C]

explicar una materia y transmitirla a otros. Se enseñan métodos de análisis, se enseña la racionalidad y eficacia en la construcción, se enseña a usar la arquitectura. Todo lo racional puede enseñarse y se debe aprender, pero ¿cómo explico la emoción ante la arquitectura? ¿Cómo explico la creación?

Hay un componente racional que se puede razonar y entonces se enseña lo que uno sabe, pero, ¿y de los otros componentes? ¿Las poéticas, las autobiografías ligadas a las experiencias personales intransferibles? En estos casos explicarlas podría tener un efecto contrario. Contar y hurgar en este mundo, a la vez que resulta incómodo y perturbaba, saldría deformado por la proximidad a uno, ya que el intento de explicación suprimiría la intuición y lo instintivo, difícil o imposible de racionalizar. Podría incluso ser negativo porque llenaría el razonamiento de lagunas, incongruencias y hasta contradicciones, haciendo tambalearse todo el entramado racional del profesor, indispensable en todo posicionamiento crítico. Por todo esto, la reflexión requiere, para entendernos, precisar algo: ese algo es cómo entendemos la arquitectura. De ello dependerá lo que enseñemos y lo que aprendamos. Pretender contar lo que se entiende por arquitectura brevemente no tiene sentido. El arquitecto lo cuenta cada vez que hace una obra. Otro intento resulta una pedantería.

Sin embargo, recuerdo que la arquitectura es ante todo una actividad del hombre, "arte u oficio" encaminado a resolver problemas



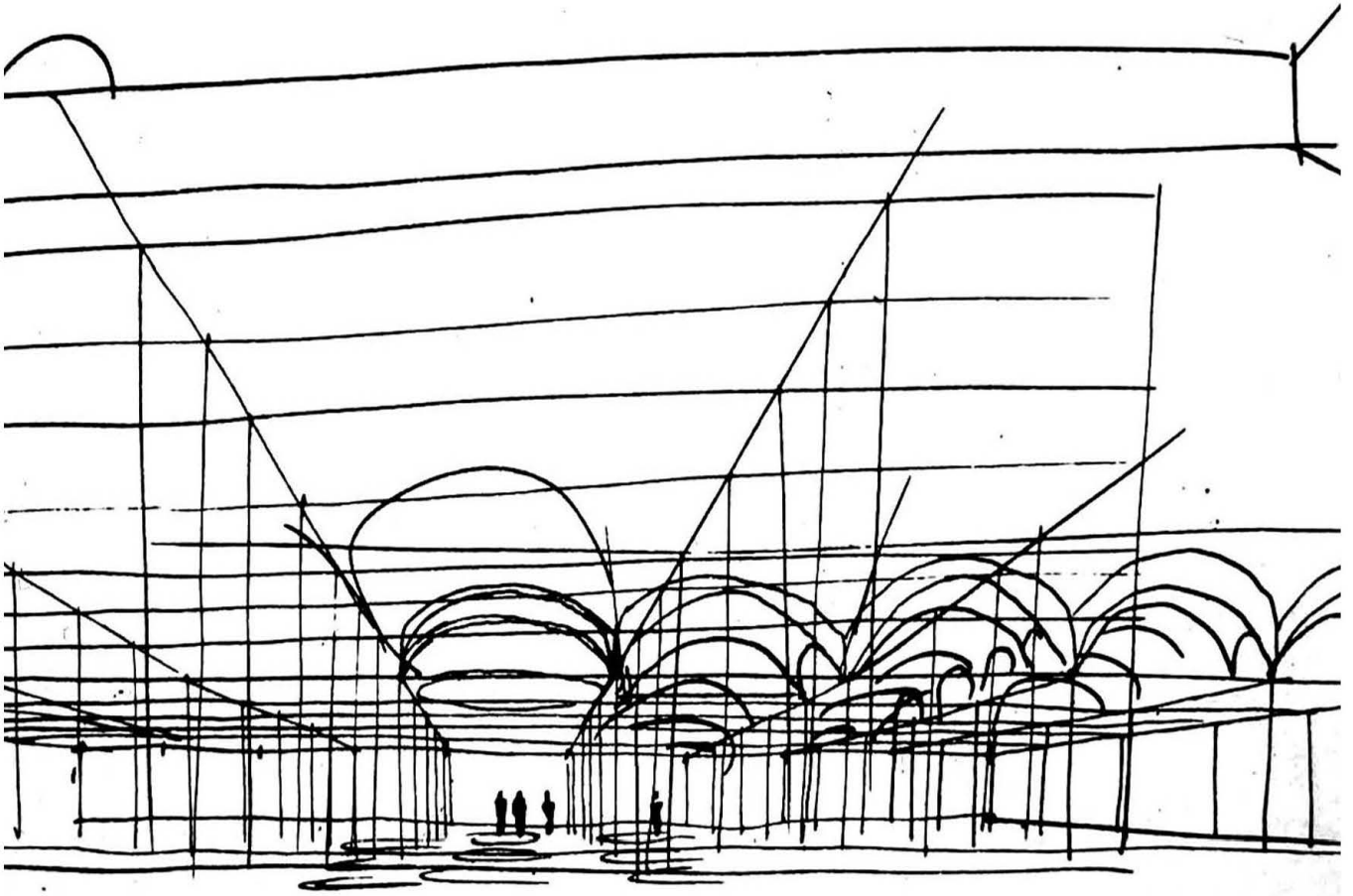
espaciales para satisfacer necesidades. Está íntimamente ligada a la acción de construir para acomodar el espacio y adaptarlo a un nuevo deseo, ya sea el espacio personal o colectivo o el territorio. Modifica el paisaje, lo transforma y lo crea.

Y esto es un proceso continuo, constante e inacabado, y en este proceso va llenando de significado las formas resultantes y va creando su propia poética del espacio. En el proceso adaptativo del hombre, la cultura, su capacidad para crearla y para acumularla con experiencias aparece íntimamente ligada a él.

La arquitectura está ligada a la vida. Es una acción realizada para vivir mejor. La arquitectura surge siempre por una necesidad a la que se responde inventando una solución. Es una construcción. Esa es una realidad. Pero la arquitectura es algo más. No toda construcción es arquitectura, porque no toda es capaz de sugerir y reunir esa extraña cualidad que la hace capaz de transmitirnos y de comunicarnos sensaciones placenteras y de albergar acontecimientos sociales y personales.

Las necesidades no son suficientes para producirla, no son el único motor que les da energía. Existen otras razones inmateriales, como convenciones sociales, de grupo y personales que nutren también la acción y que provocan ese deseo de traspasar su funcionalidad, de ir más allá. La arquitectura es un algo concreto, pero siempre quiere ser algo más. Desde ese sentido podemos decir que tiende a lo imposible.

[9] DIBUJO DEL PROFESOR MOYA BLANCO, 1904-1990.
[ARCHIVO ETSAM-UPM], [P+C]



[10] DIBUJO DE ASÍS CABRERO, 1912-2005. [P+C]

Entendida así la labor del arquitecto, su actividad, oficio o profesión será en primer lugar entender los problemas que va a resolver, lo que supone una reflexión crítica sobre las causas.

Esto le conduce a estar atento para definir las necesidades que debe satisfacer y a desarrollar una capacidad de percepción sensible, que afine el modo y el cómo intervenir en el proceso de cambio y de transformación del espacio. Saber descifrar el orden en que están inmersas las cosas para saber en qué se cambia con la acción o con la decisión tomada. En definitiva, conlleva estar alerta a la comprensión del mundo que le rodea. Alerta para escuchar sus sugerencias. Proyectar, en parte, es esto y ver las potencialidades ocultas de las cosas, del espacio, de las acciones.

Así desarrolla el arquitecto su creatividad y su capacidad de dar respuestas.

Por eso se está aprendiendo siempre. Siempre queriendo ver el lado oculto de la realidad. Por eso se entiende el proyecto como una forma de conocimiento, de un tema, situación o problema, y de descubrimiento, digo, haciendo referencia a la emoción que acompaña al proceso crítico de analizar y conocer, en el que interviene la intuición y hace que las respuestas aparezcan nuevas y personales.

Se descubre el mundo, una parte o una faceta de él, cada vez que se crea. Esa percepción nos produce alegría y libertad. Cabría pensar que además el profesor aprende de sus alumnos enseñando.



Esto es posible porque se aprende de todo y de todos, pero si fuese solamente esta interesada relación la que guía al profesor sería muy pobre, y lamentable si el motivo es ir a inspirarse directamente en las ocurrencias de sus alumnos.

La relación de la cual hablo y que me interesa está ligada a la actitud. A la actitud creativa del que enseña y del que aprende y por eso creí necesario dar mi posicionamiento respecto a la arquitectura.

Porque el que enseña ayuda a descubrir el mundo de la arquitectura a otros, los acompaña y los guía, no en la medida de darles respuestas sino al contrario, en su capacidad de sugerirles preguntas. Porque así les inicia en el camino de seguir aprendiendo, les inculca la actitud a aprender. Para ello el profesor debe de estar alerta para descubrir en los trabajos del alumno sus sugerencias, sus posibilidades, para explicárselas, aclararle el camino y darle confianza en sí mismo para la siguiente andadura.

Este esfuerzo por descubrir la capacidad del alumno en sus balbuceantes trabajos es un esfuerzo creativo. Similar a la acción de proyectar. Al enseñar, el maestro descubre, impulsa y reafirma la capacidad de otros. Les inicia en el camino de enseñarles a ser ellos mismos. Por eso se dice que sólo merece la pena aprender aquello que no se puede enseñar. Se está hablando de descubrir y enseñar actitudes. Se enseña mejor cuando uno es consciente de que aprende al mismo tiempo. Cuando al explicar una cosa, uno también se la explica a sí mismo y algo nuevo se le aclara. Es cuando se llena de intensidad la explicación. Cuando se participa del descubrimiento del camino, entonces la actitud es más tensa y rica. ■



Manuel Gallego Jorreto es catedrático de Proyectos Arquitectónicos desde 2003. Universidad de La Coruña.